

RESEÑA

DE LA TORRE, CARLOS (2025). *POPULISM AND FASCISM*. CAMBRIDGE: CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS

Jorge Gerardo Flores-Díaz¹

La polarización y confrontación política que desde hace varios años caracteriza a democracias en diversos contextos regionales ha llevado a la descalificación de los oponentes utilizando adjetivos para dañar la reputación de líderes, partidos o movimientos. Dos adjetivos más socorridos son los de fascismo y populismo. Como señala Carlos de la Torre, se acusa de populismo evocando irracionalidad o un peligro para la democracia, y de fascismo para implicar un pasado violento que llevó al genocidio de poblaciones consideradas amenazas a la pureza del pueblo (p. 56), pero sin rigor alguno.

Esta condición ha incentivado una amplia gama de estudios de caso y elaboraciones teóricas sobre estos términos. No obstante, al mismo tiempo ha imposibilitado un consenso sobre significado e implicaciones. Por ello se ha llegado a cuestionar su utilidad científica, señalándose que al padecer de una seria “inflación semántica” deberían “dejar de ser utilizados por la academia” (p. 14).

En este contexto, Carlos de la Torre presenta un estudio sobre el fascismo y el populismo en el que analiza su significado, sus similitudes

1 Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, Maestro en Estudios Políticos y Sociales y Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Profesor en la Universidad de Quintana Roo. Investigador nacional, nivel I del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNII). Líneas de investigación: democracia, populismo, partidos políticos y regulación jurídica de los partidos políticos. Contacto: jorge.flores@uqroo.edu.mx.



 <https://orcid.org/0000-0002-7391-3906>

y diferencias, y su relación con la democracia. Lo primero que debe destacarse es que, a diferencia de otras ideologías como el liberalismo o el comunismo, el fascismo y el populismo no tienen “textos sagrados” a partir de los cuales puedan estudiarse sus principios ideológicos. No obstante, estos son analizados con base en la observación empírica.

Así, el autor señala que el fascismo se distinguió por ser un movimiento ultranacionalista, antiliberal y antimarxista, que consideró a los oponentes políticos “enemigos” que debían ser eliminados al ser “una amenaza existencial para la nación y su gente” (p. 19).

El fascismo nació en un contexto donde tanto la izquierda como la derecha se inclinaban por la violencia física para eliminar el parlamentarismo y crear “una mejor sociedad”. En sus bases y liderazgos se hallaban exsoldados de la Primera Guerra Mundial que se volvieron “inmunes a los horrores de la guerra” y querían usar métodos bélicos en contra de enemigos internos que “debían ser derrotados y destruidos” (p. 36).

De este modo, el paramilitarismo fue un valor clave y una forma organizacional del fascismo. El Partido Nacional Fascista constituyó un nuevo tipo de partido que operó en la lucha política con métodos de guerra. La violencia paramilitar fue utilizada para “reprimir y aterrorizar enemigos de izquierda, pervertidos o minorías raciales” (p. 20). En relación con la violencia ejercida sobre los enemigos, el nazismo fue la forma de fascismo más brutal, cuya extrema biologización del antisemitismo llevó a la deshumanización y genocidio de los judíos, gitanos y otros grupos considerados inferiores y contaminantes de la pureza de la raza (pp. 25 y 37).

Ahora bien, a diferencia del fascismo, el populismo no busca la eliminación física de sus enemigos. Se apoya básicamente en una violencia de tipo verbal, ridiculizando, marginando, hostigando y amenazando a sus críticos. De Perón a Chávez, en América Latina, pudieron propinar golpizas, encarcelar o exiliar, pero la violencia física no fue una herramienta para “limpiar a la nación de enemigos” (p. 38). Al quedarse solo en el nivel discursivo en el uso de la violencia, Perón se describía a sí mismo como un “león herbívoro”.

El fascismo y el populismo mantienen una visión de la política basada en la confrontación entre amigo y enemigo, entre nosotros vs. ellos, y la idea de regresar el poder al pueblo. No obstante, solo el fascismo busca la eliminación física de sus oponentes.

Ahora bien, el autor destaca la coincidencia entre el fascismo y el populismo en relación con su concepción del pueblo como un individuo colectivo con voluntad unitaria, jerárquicamente constituido por líderes y seguidores. En ambos, el pueblo tiene una voz y esa es la voz del líder, el cual personifica los valores nacionales (p. 27).

Sumado a esto, tanto los liderazgos fascistas como populistas buscan una relación directa con las bases, por lo cual innovaron en la comunicación, utilizando la radio, la televisión y actualmente las redes sociales. Asimismo, se distinguen por la realización de eventos masivos en los que se crea una identidad política, para diferenciar a quienes pertenecen al pueblo de los que no, validan la autoridad del líder y crean links horizontales de pertenencia en contra de los enemigos (p. 35).

Por otra parte, De la Torre destaca el contraste entre el fascismo y el populismo en relación con el fundamento de legitimidad política. Bajo el populismo, la legitimidad viene de ganar elecciones, mientras que en el fascismo éstas “distorsionan la verdadera representación”, y en su lugar expresan la ciudadanía participando directamente en eventos masivos (p. 39). Así, los fascistas reemplazan a la democracia con rituales plebiscitarios de aclamación.

Sin embargo, el hecho de que los populistas consideren que la única fuente de legitimidad del poder viene del triunfo en las urnas no significa que respeten la democracia liberal. Los populistas reducen la rendición de cuentas democrática a la noción de elecciones limpias. Después de ganar las elecciones, los líderes populistas se sienten libres de hacer lo que quieran. Conciben a las instituciones de rendición de cuentas horizontal, por ejemplo las agencias anticorrupción y contralorías, como mecanismos de la élite para controlar y dividir a la voluntad del pueblo. Y reemplazan estos mecanismos con variantes de rendición de cuentas

vertical, como los referéndums y los plebiscitos (p. 40). Asimismo, encaminan el sistema democrático hacia un régimen híbrido.

La disyuntiva, por tanto, está entre la rápida y violenta muerte de la democracia bajo el fascismo o su lenta erosión bajo el populismo (p. 22). Otra diferencia fundamental destacada por el autor está en la naturaleza de los términos. El fascismo es un evento histórico, producto de una coyuntura única, mientras que el populismo constituye una categoría analítica que ha sido utilizada para describir partidos y movimientos en diferentes contextos socioeconómicos, geográficos, históricos e institucionales (pp. 42 y 43).

La coyuntura específica que permitió el surgimiento del fascismo tuvo lugar después de la Primera Guerra Mundial. Y si bien Hitler y Mussolini no llegaron al poder ganando las elecciones, tampoco llegaron mediante golpes de Estado. En ambos casos fueron invitados por las élites conservadoras a formar coaliciones de gobierno en naciones con un Estado débil, incapaz de mantener el orden debido a la extrema polarización e ingobernabilidad. El espectro del bolchevismo se convertía en una amenaza real, y los fascistas fueron vistos como la única organización que podía usar la violencia y el terror para restablecer la ley y el orden. Una vez en el poder, los fascistas se deshicieron de sus aliados y eliminaron las libertades civiles, transformando los regímenes democráticos en dictaduras.

Debe señalarse, empero, que el autor hace una diferencia importante entre el fascismo italiano y el nazismo alemán. Ambos utilizan la violencia física para eliminar enemigos, pero el segundo caso se caracterizó por una “biologización extrema de la raza para construir al pueblo y sus enemigos que llevó al genocidio de ciertos grupos” (p. 57).

Por su parte, en el populismo también hay diferencias notables. Los populistas de izquierda construyen al pueblo como la plebe (clase social baja), mientras que los populistas de derecha utilizan criterios culturales, étnico-raciales y religiosos (p. 57).

En conclusión, el fascismo y el populismo comparten una visión maniquea de la política bajo la cual dividen a la sociedad en dos grupos: amigos

y enemigos (nosotros vs. ellos) y un culto al líder como encarnación del pueblo. No obstante, difieren en su visión sobre la democracia, la cual no es rechazada por el populismo, aunque sí tergiversada y, de manera fundamental, en la utilización de la violencia contra sus enemigos, siendo extrema en el fascismo y moderada bajo el populismo.

Este trabajo es de enorme utilidad para los académicos especialistas en el análisis de la democracia y sus peligros. Sin embargo, lo es aún más para los ciudadanos en prácticamente todas las democracias contemporáneas, pues los términos populismo y fascismo hoy en día son utilizados cotidianamente en el debate político, sin una idea precisa sobre su significado. Esta obra, por tanto, al arrojar luz para entender estos términos, constituye un valioso aporte no solo para el ámbito académico, sino también para la práctica democrática.